

la **ESPERANZA** no defrauda



retiro enero 2025

Ámbito Formación y Espiritualidad
PROVINCIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

JUBILEO 2025

Solo el nombre ya nos “suena” a algo especial y nos yergue en el deseo de disponernos para el acontecimiento. Nos suena como sonaba el *yobel*¹ para el pueblo de Israel, recordando que cada 49 años se proponía la celebración de un año que llamaban jubilar (Lv 25, 8-13), en la solemnidad del Yom Kippur, fiesta de la Expiación.

Hoy comenzamos nuestros retiros de este tiempo Jubilar, para Israel era un tiempo de regresar al hogar, remitir deudas, liberar esclavos, restituir propiedades, descansar... y saber que los pecados eran perdonados. El año jubilar judío tenía un componente ético y social que tampoco puede faltar en el nuestro, como propone el papa Francisco en la Bula “La esperanza no defrauda” y nos invita, por un lado a ofrecer signos de esperanza a distintos grupos de algún modo vulnerables, y por otro a partir de distintos llamamientos a la generosidad y la solidaridad.

Empieza un año “extra” con el que no contábamos, un tiempo en el que acoger cosas extraordinarias, un tiempo de hacer parón, resetear, empezar de nuevo, ese ejercicio tan liberador y maravilloso que recoloca todo en su sitio: pedir perdón y saberse perdonada, dejar la vergüenza a un lado, cambiar de opinión, permitirse hacer cosas distintas, no tener que mantener el “tipo”, optar por enternecerse en lugar de endurecerse, hacer amigos nuevos, conocer gente distinta,

¹ Término hebreo del que deriva etimológicamente jubileo y que hace referencia a un cuerno usado como trompeta en las celebraciones litúrgicas.

optar por la paz, huir de la confrontación, volver la cara a la crispación, reír en silencio, acallar el dolor, sufrir por todo (porque todo importa), sentarse a mirar... y rezar bajito.

Llamadas a peregrinar, vamos a ponernos en camino, como Iglesia, desde la alegría más sincera y sencilla, hacia la Puerta Santa, esté donde esté pero que atravesarla sea una llamada a la santidad. Estos meses irán apareciendo puertas que tendremos que atravesar para no quedarnos encerradas en la seguridad de nuestros espacios conocidos, ya que hemos sido llamadas para una misión: manifestar el amor de Dios a la humanidad, con esperanza... con la esperanza que no defrauda.

UNA PEREGRINACIÓN NECESARIA

Y si hay que peregrinar, vamos a empezar por el principio:

“El Señor dijo a Abrán: «Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan»”
(Gen 1,1-3).

A partir de ahora, Dios se encarga, Él se hace responsable de todo, sólo se nos pide confiar, confiar el presente y confiar el futuro. Nuestra esperanza en la llamada recibida es lo que hace posible el cumplimiento de la Promesa. Dios se ha comprometido con nosotras para siempre. En este peregrinar comienza todo, tenemos la oportunidad de hacer nuevas todas las cosas.

Sal de tus líos, sal de tus dramas, sal de tu casa, sal de lo tuyo, sal de tu ego, sal al ENCUENTRO de un Tú que te enfrenta en un abrazo, te llama en una invitación y se te revela en cada rostro... así que habrá que ponerse en camino y, enamoradas de la vida, hacernos responsables de nuestra vocación, la que cada una ha recibido.

Peregrinar requiere HOSPITALIDAD, esa manera de vivir y de ejercer la Caridad, sensible con lo sensible, que se deja afectar por las vidas de los demás, que mira a los ojos y pregunta ¿cómo estás? Dando tiempo y espacio para acoger las alegrías, anhelos y preocupaciones de aquellas con quien vivo, de los que llaman a mi puerta, de tantos a quienes exijo, de todos los que quiero...

Pronuncia ante Dios la fórmula de Profesión que te sacó de tu tierra, tu patria, tu casa familiar y te ha traído hasta aquí.

¿De qué hablo con quien vivo?

Peregrinar es andar en verdad, así que hoy es un buen día para no engañarse (al menos a una misma), para nombrar todo aquello que hace de mi equipaje una carga inamovible y que me empeño en no abandonar aunque vaya arrastrando la vida.

Peregrinar precisa aceptarme como soy, con todo, para no convertirme en un insoportable lastre para mis compañeras de camino, para avanzar ligera, libre y sin tener que mendigar reconocimiento. Acoger la debilidad, las torpezas, los errores y perezas, nos hace menos dependientes, nos abre a la

confianza, nos dispone a acercarnos al Señor y, sin violencia, pedirle que haga algo por nosotras. Reconocer y orar nuestros miedos, susceptibilidades y sospechas, para dejar que se nos revele la identidad de un Dios que **está aquí para salvarnos**.

Elige un relato de curación y ora con él:

- Mc 5, 25-34: La mujer con hemorragias (y un miedo atroz).
 - Mt 15, 21-28: La que intercede por su hija (porque a veces necesitamos de otros).
 - Lc 18, 35-46: El ciego de Jericó (que grita y grita).
 - Jn 5, 1-9: El paralítico (que no tiene quien le empuje).
-

HACIA LA ESPERANZA

“*Spes non Confundit*”, la Bula de convocación al Jubileo, tiene en su título un deseo precioso en el que podemos quedarnos un rato contemplando: “*A cuantos lean esta carta, la esperanza les colme el corazón*”.

Me parece una imagen muy sugerente y una petición para incorporar a todas nuestras preces, una especie de superpoder que nos va a ayudar a enfrentar lo que venga (sea lo que sea) y que nos va a hacer relacionarnos con nuestros iguales de un modo mucho más compasivo y justo. Un corazón colmado y rebosante de esperanza tiene que latir al ritmo del corazón de Dios y al ritmo de la creación.

Pero corren tiempos difíciles y aunque “en el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien [...] la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad” (SnC, 1).

Así que, acogemos la invitación a ser transmisoras de esperanza, que es **virtud teologal** y esperanza **humana**, la que alberga y rebosa nuestro corazón: “Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar” (Spes Salvi, 30).

- Virtud teologal en cuanto don, esperanza que “solo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos obtener. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza.” (Spes Salvi, 31).
- Esperanza humana, como forma de vida, como ese modo de imitar a Jesús, de querer parecernos a Él, la esperanza

cristiana, mira al Evangelio que, *“no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.”* (Spes Salvi, 2).

No caigamos en la tentación de leer estas dos esperanzas por separado, ni creer que es posible separar lo sagrado de lo humano, acabamos de celebrar la Encarnación, capaz de encaminar todas nuestras esperanzas en una misma dirección: Jesús realiza para nosotras que la más pequeña e insignificante esperanza de cada día sea mediación y encuentro con Dios. *“Se llama Jesús, se llama como nos llamaríamos si fuéramos de verdad nosotros”* (Casaldáliga).

Nos quedan muchos meses para hablar de la esperanza y mirarla desde un lado y el contrario, del derecho y del revés, desde arriba o desde abajo... pero en este primer retiro, en este “año de gracia”, vamos a terminar contemplando a Jesús en el evangelio de Lucas, dando comienzo a su particular año jubilar:

“Fue a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró un sábado en la sinagoga y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías. Lo abrió y dio con el texto que dice:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena Noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos,

para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor. Lo cerró, se lo entregó al empleado y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Él empezó diciéndoles:

—Hoy, en presencia vuestra, se ha cumplido este pasaje de la Escritura” (Lc 4,16-21).

JESÚS, ENCARNACIÓN DE NUESTRA ESPERANZA

La Resurrección es sin duda el acontecimiento que fundamenta la esperanza cristiana. *“Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. Lo que ahora vivimos en la esperanza, después lo veremos en la realidad” (SnC, 21).* Dios, al resucitar a su Hijo, demuestra su poder sobre la muerte y su compromiso con la justicia y la vida:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11, 25).

Vamos a recorrer con Jesús algunos de los caminos de esa espera paciente y tenaz, de esa fidelidad que aguanta y permanece y que llamamos **«esperanza»**. Porque nuestra esperanza no es un ingenuo optimismo, es la total confianza de que Dios transformará la creación entera en una nueva realidad, conforme a su amor y fidelidad:

- *“La tierra da el fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga. Y, cuando el fruto lo admite, enseguida se mete la hoz, porque ha llegado la siega” (Mc 4,28).*

El dueño del campo sembrado, aunque sólo al cosechar va a poseer definitivamente el trigo, se alegra cuando ve que su campo ya verdea y que las espigas van madurando cargadas de fruto. A ese presentimiento de una cosecha que ya llega, pero que aún no ha sido recogida, llamamos **esperanza**.

- *“La mujer, cuando va a dar a luz, se aflige porque le ha llegado su hora; pero, cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto, por la alegría de que ha nacido un hombre en el mundo” (Jn 16,21).*

La mujer embarazada no tiene aún al hijo en sus brazos, no puede aún acariciarlo ni besarlo, pero vive ya de la promesa de su llegada. A esa anticipación de la alegría, que precede a otra forma definitiva de presencia, llamamos **esperanza**.

- *“Atesorad tesoros en el cielo, donde no hay polilla y herrumbre que corroen, ni ladrones que socaven y roben. Porque allí donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mt 6,20-21).*

Jesús recurre a una experiencia humana básica: la seguridad que da poseer bienes, la sagacidad y el esfuerzo que somos capaces de emplear para conseguir lo que deseamos y aumentarlo. Y lejos de condenas, somos invitadas a tener esas mismas actitudes, pero «atesorando» la moneda que circula en el Reino. A esa pasión, que nos espabila e ilusiona y agudiza nuestra tenacidad e ingenio, llamamos **esperanza**.

- *“El reino se parece a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo y envió a sus siervos a llamar a los invitados...” (Mt 22,2).*

Ésa es nuestra situación presente: estar invitadas al banquete de bodas del Rey. Tenemos ya en las manos la invitación; aún no ha llegado el día, pero ya desde ahora nos preparamos y contamos los días que quedan para la fiesta. A esa impaciencia gozosa con que aguardamos la fiesta definitiva, llamamos **esperanza**.

- *“Sed como servidores que esperan a que su señor vuelva de la boda...” (Lc 12,15). “¡Llega el novio, salid a su encuentro!” (Mt 25,6).*

Aquellos servidores de las parábolas supieron soportar, vigilando en medio de la noche, la ausencia y el retraso del amo o del novio: esa lámpara que mantenemos encendida en las manos y en el corazón y que ilumina nuestra espera en medio de la noche, llamamos **esperanza**.

Y quédate el resto del día con Jesús, aún con tus desánimos y cansancios, o con tu alegría, ímpetu y ganas de hacer. Pídele que te enseñe a comprender los ritmos del Reino, que no son rápidos, ni visibles, ni tangibles...

Pon ante él tu lámpara que amenaza con apagarse; pídele la paciencia humilde que recuerda que hay una semilla enterrada en la historia que crece por su propio impulso y que un día germinará de un modo que desconocemos.

Ponte a la escucha, junto con toda la Iglesia, de las palabras del Apocalipsis pronunciadas por Jesús: *“Yo pondré mi morada en medio de vosotros, y vosotros seréis mi pueblo, y yo, Dios con vosotros, seré vuestro Dios. Yo mismo enjugaré las lágrimas de vuestros ojos, y ya no habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado. Mirad que yo hago un mundo nuevo” (cf. Ap 21,3-5).*

ORACIÓN

Esperaré a que crezca el árbol
y me dé sombra.
Pero abonaré la espera con mis hojas secas.

Esperaré a que brote el manantial
y me dé agua.
Pero despejaré mi cauce
de memorias enlodadas.

Esperaré a que apunte
la aurora y me ilumine.
Pero sacudiré mi noche
de postraciones y sudarios.

Esperaré a que llegue
lo que no sé y me sorprenda
Pero vaciaré mi casa de todo lo enquistado.

Y al abonar el árbol,
despejar el cauce,
sacudir la noche
y vaciar la casa,
la tierra y el lamento
se abrirán a la esperanza

Benjamín González Buelta, sj

🎵 **El bosque - RUAH** [Pincha aquí]



PROVINCIA
NUESTRA
SEÑORA
DEL PILAR

Formación y
Espiritualidad

HNAS. de la CARIDAD de SANTA ANA